

ESCOLIO DE LA MONTAÑA Y EL COLIBRI

POR AGUSTI BARTRA

(De la novela *La luna muere con agua*).

Apenas sin rumor, el ave diminuta de rostro tenue voló del zarzal y, elevándose diagonalmente, rozó con sus alas casi invisibles la copa de un naranjo cargado de frutos que, todavía mojados de la lluvia que había caído a medianoche, brillaban con la aurora y centellearían pronto a los rayos del sol.

El colibrí volaba hacia el norte desde las tierras bajas, hendiendo el espacio como si a su manera quisiese imitar el vuelo del gran pájaro invisible de la tempestad cuyo vertiginoso rastro de diamante se quiebra al mismo tiempo que refulge y arrastra en su caída un costal de ecos retumbantes. Volaba hacia la montaña, hacia los fríos llanos del trigo, el maíz y el frijol de flores encarnadas en las que hundiría su largo pico en busca de alimento.

En Nepantla descendió en un jardín y libó una azucena. Algunas casas ardían. Entre humaredas, volvió a elevarse y, desviándose hacia poniente, cruzó el cielo de Tepetlixpa, cuyas casas también ardían en su verde hondonada, y luego, arriba, en la cumbre del cerro, donde estaban la iglesia y el cementerio, su breve sombra pasó por encima de caballos y soldados todavía dormidos en el patio, sobre viejas lápidas de tezontle, enfiló después hacia la otra vertiente, tras haber atravesado, calando el vuelo, la arcada de columnas de piedra negra, y voló hacia Chimal, donde, en el lindero de un bosquecillo de cedros, se entretuvo un rato con las rosas blancas de unos rosales silvestres...

El niño ya no lloraba pero tenía aún las mejillas húmedas de lágrimas y los ojos empañados y relucientes. Los primeros soldados que llegaron al pueblo se habían llevado con ellos, al marcharse al cabo de unas horas, a su padre y a la vaca. Al día siguiente llegaron más soldados y se llevaron a su madre. Es decir, se la llevó uno, que le llamaban el teniente, el mismo que con una tea encendida fue el primero en pegar fuego al pueblo. Y él, cuando el teniente agarró a su madre

por el brazo, corrió tras ella y se aferró a sus faldas, chillando, y ella anduvo unos pasos, arrastrándolo, hasta que el teniente de los federales, volviendo la cabeza, lo miró con su único ojo enrojecido y lo apartó de una patada en la cabeza, al tiempo que gruñía: “Ese chamaeco de mierda...”.

El colibrí volaba como una ascua multicolor. Salió el sol, entre los dos volcanes, y la gran nube que estaba en el centro del cielo, sobre el llano, cobró la forma de una cabeza de caballo de cuyos belfos pendían hilos de saliva roja, después se convirtió en dos mujeres abrazadas, en una inmensa hacina de nardos, en un tambor que se fue alargando, apelmazando hasta trocarse en un sudario cubierto de hormigas de oro...

El colibrí llegó a Tecaleo, de tierras rojas, dejó atrás los fresnos que ocultaban a la aldea, se elevó unos instantes hacia la nube, desvióse luego ligeramente hacia el oeste, se inmovilizó en el aire brevemente y, volviéndose hacia el sur, empezó a descender hacia las casas, como un gordo insecto...

Cuando el colibrí cruzó por delante del horno ladrillero, el niño volvió a sacarse la resortera del bolsillo, pero no se inclinó a recoger ninguna piedra para cargarla. Con la mirada siguió a la pequeña ave hasta que la vio desaparecer como tragada por el verdor de los fresnos que se alineaban delante de él, hacia la entrada del pueblo. Por encima de los árboles asomaba la cumbre del Popocatepetl, todavía gris y con una leve erin de niebla.

Al moverse en la piedra donde estaba sentado, para cambiar de posición, advirtió que se le había quedado dormida la pierna derecha. No podía moverla. Ni modo. Como si estuviera muerta, como si se le hubiese convertido en una bolsa llena de arena. Se hundió el dedo índice en la boca, trazó una cruz de saliva sobre la piel y luego, con la mano, empezó a dar golpecitos rápidos a la pierna, desde el tobillo hasta la rodilla, y cuando sintió que el hormigueo casi había cesado, bajó de la piedra, dio algunos saltos, cogió del suelo una guija del tamaño de un capulín y volvió a sentarse. El colibrí pasó de nuevo, como un latigazo de seda. El niño cargó la resortera.

Cerró los ojos. Sintió otra vez retortijenes en el vientre. Seguramente eran causados por la miel y las nueces que había comido. O tal vez por el agua de una charca que había bebido. “No cantan. Debe ser

porque tienen el pico demasiado largo”, pensó. Tendría que seguir andando. ¿Para dónde? No lo sabía. Pero tendría que levantarse y seguir andando, porque no era cuestión de que se le durmiera otra vez la pierna y no pudiese despertarla, ni golpeando ni con saliva; andando para donde la habían dicho que iban los federales. Ahora se acordaba: Cuautla. Era posible que allá pudiese reunirse con su madre, después de separarla del teniente pendejo. Pendejo y tuerto. Sabía muy bien que no podría matarlo. Porque él era un niño pequeño. No podría. Pero tenía la resortera. Se escondería lo más cerca posible del tuerto, cargaría la resortera con una piedra de cantos afilados, apuntaría bien y se la metería en el ojo sano. Le vaciaría el ojo. Con la resortera. Y le saldría un chorro de sangre, y quedaría ciego para toda la vida, y jamás podría volver a dar patadas a la gente ni a robar mujeres. ¡Qué bien! Para eso era necesario que se ejercitase mucho con la resortera, durante horas cada día, para no fallar cuando llegara el momento.

El niño abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos en seguida, deslumbrado. Manchas verdes, doradas y azules giraban vertiginosamente dentro de su cabeza. Esperó hasta que se convirtieron en quieta oscuridad, y volvió a abrir los ojos. Y vio el colibrí.

Estaba tan cerca del lirio, que su pecho manchado de rojo casi rozaba el borde levemente enrollado y negruzco de la gran flor, en la que había introducido su pico. El cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante parecía más inmóvil entre el vertiginoso girar de las alas que, a la luz del sol, eran como una membrana transparente. Los ojos semejaban dos abalorios clavados en la cabeza, y su cola, que se movía de vez en cuando, parecía una pequeña baraja de anilina. De pronto, se apartó del lirio, elevóse verticalmente cosa de un metro, pero en vez de lanzarse de nuevo a su vuelo, descendió hacia la flor, en la que introdujo otra vez su largo y curvado pico para seguir libando, hasta que cayó al suelo, como si alguien, desde arriba, le hubiese dado un manotazo. Instantes después, la mano del niño, ahuecada, lo cubría completamente.

— ¿Está muerto? — oyó el niño que preguntaba a sus espaldas una vocecita agría y chillona.

Se volvió rápidamente, asustado, pero no vio a nadie. El enano salió de la sombra del granado al sol. Dio dos o tres pasos y se detuvo, perniabierto y con las manos en las caderas. El revólver que le colgaba del cinturón le llegaba hasta la rodilla.

Lleno de asombro, parpadeando, el niño balbuceó:

— No; sólo está atarantado — mirando al pájaro que tenía aprisionado en su mano.

El enano avanzó hasta llegar junto al niño y con el dedo índice acariciaba suavemente la cabeza del colibrí, un dedo sucio y retorcido como una lombriz y más corto que el pico de la avecita.

— ¿Eres soldado? — preguntó el niño.

El enano no contestó. Escupió contra el suelo por un ángulo de la boca y siguió acariciando al pájaro. Le gustaba. Lo quería para él. Nunca había tenido ninguno. Pero no deseaba arrebatárselo al niño. Finalmente dijo:

— No.

El niño ya no se acordaba de su pregunta.

— ¿No qué?

— No soy soldado. Soy de los de la montaña. Me llamo Macario.

¿Y tú?

— Gui.

— ¿Gui? Eso no es nombre.

— Es el mío. Así me llaman mi mamá, mi papá y todos los conocidos.

— ¿Qué hacías aquí, solo? En el pueblo no ha quedado nadie.

— Nada. No soy de ese pueblo, yo. Me dolía la barriga. Luego tiré contra el colibrí.

— Hubieras podido matarlo.

— Hubiera. Pero no quería matarlo. Sólo acertarlo. Me parece que le di en un ala.

Cogiendo el pico del colibrí con dos dedos de la mano izquierda, el niño aflojó ligeramente los de la derecha y examinó el cuerpo del pajarito, que continuaba inmóvil.

— Tiene sangre en un ala.

— ¿No estará muerto, Gui?

— No. Su corazón me da toquecitos en la palma de la mano. Vive.

Callaron. El enano volvió a acariciar la cabeza del colibrí. “Seguramente no querrá venderlo, si se ha encaprichado con él”, pensó.

¿Aceptaría cambiar el colibrí por el diente de oro? Ya no le importaba mucho el diente de oro de un muerto.

Gui se limpió los mocos con el reverso de la mano que tenía prisionero al colibrí, miró de arriba abajo al enano y dijo:

— ¿Has matado a muchos federales?

— ¡Ugh! He perdido la cuenta. Pegamos duro, ¿sabes? Deberías venirte con nosotros a la montaña. Tengo mi jaca oculta allí, detrás de esos nogales. ¿Qué contestas?

— He de ir a Cuautla.

— ¿Por qué? ¿Eres de allá?

— No. Pero en Cuautla debe estar mi mamá. Se la robó un teniente tuerto.

— Nunca llegarás solito. Es mucho camino. Nunca llegarás, te digo. Primero porque queda muy lejos, y luego porque los federales te agarrarían. Además, ¿te duele la barriga, no?

— Ya no tanto. Ya casi se pasó.

— Vente conmigo a la montaña, Gui. Sidora te preparará algo caliente, y todos te cuidaremos.

El niño entornó sus párpados pesados de sueño y volvió a limpiarse los mocos con el reverso de la mano. “No, no es necesario que le ofrezca el diente de oro”, decidió el enano.

— Tengo que ir a Cuautla — dijo el niño, fijando los ojos en la cumbre nevada del Popocatepetl —. Pero...

— ¿Qué?

Como el niño tardara en contestar, el enano dijo:

— Te llevaré a Cuautla yo mismo dentro de algunos días; pero antes tienes que venirte conmigo a la montaña, allá arriba...

— ¿Y matarás al teniente? ¿Con tu revólver?

— ¿De qué teniente estás hablando, Gui?

— Del tuerto. El que se robó a mi mamá.

— Bueno, si nos topamos con él...

— ¿Me lo matas?

— Te lo mato.

— Entonces voy contigo — dijo el niño, y preguntó —: ¿Quién es Sidora?

— Ya te platicaré luego. ¡Vamos!

Echaron a andar hacia los nogales donde estaba la jaca, el enano delante, seguido por el niño. El viento había descuartizado a la nube con mano de matancero y los pedazos sangrientos se habían esparcido por todo el cielo. Anillos de humo azul se elevaban todavía de algunas casas inmediatas. Una bandada de chochoyotas volaba pesadamente hacia el sur. El aire olía a estiércol quemado. El enano desató la jaca, puso un pie en el estribo y esperó al niño, que se había rezagado un poco. El revólver colgaba de su cintura como una extraña

ave de hierro. El niño llegó junto a la bestia, andando lentamente, cansado y arrastrando los pies descalzos, sucios de barro. El enano se inclinó todo lo que pudo en la silla, cogió la mano izquierda del niño y gritó:

— ¡Brinca!

Voló el niño, con las piernas abiertas, hasta la grupa de la bestia, en la que se encajó, muy cerca de la silla. El enano desenredó las riendas, enderezó luego el cuerpo apoyando los pies en los estribos y, mirando por encima de su hombro, dijo al niño:

— Agárrate bien a mí. Con las dos manos — y, tras una corta pausa, añadió —: Dame el pájaro; te lo llevaré yo, que tengo una mano desocupada.

El niño miró durante unos momentos la mano medio cerrada del enano, luego miró la cabeza del colibrí que asomaba rodeada por su dedo índice y, frunciendo el ceño, remiso, puso el *uitzilín* en la mano que lo requería, la cual se cerró inmediatamente sobre el frágil cuerpo multicolor.

— Ahora, agárrate bien, Gui. ¿Ya? ¿Qué estás diciendo?

El niño volvió a hablar. Esta vez el enano oyó claramente las palabras que el niño repetía en voz muy baja:

— ¿Por qué tienes los pies tan pequeñitos, Macario?

Macario no contestó: como si no hubiese oído las palabras de Gui, golpeó el cuello de la jaca con el extremo de las riendas. La jaca se irguió sobre sus patas traseras, lanzó un corto y penetrante relincho y saltó hacia delante. Tres iban en la jaca de sangre impaciente. No era mucha la carga, aunque llevaba a tres: el enano, el niño y el colibrí. No, no era mucha la carga.

El sol tenía ahora todo el cielo para su risa.

Habían andado casi sin hablar desde la hora antes del alba en que abandonaron el campamento, los dos solos, para deslizarse entre los árboles en dirección al paso de Cortés. El, Belisario, momentos antes de iniciar la marcha, había estado un rato contemplando el llano, y ella, Sidora, a su lado, había hecho lo mismo.

— No se ve ningún fuego — dijo ella.

No, ya no había hogueras. Todos los pueblos habían ardido, y durante tres noches habían levantado en las tinieblas del llano sus puños rojos.

Ellos, los insurgentes de la montaña, también habían apagado sus fogatas y esparcido ascuas y cenizas, antes de separarse. Volverían a encenderse en otra parte. La montaña no sería de nadie.

En realidad, la montaña no era nunca de nadie. Ellos se marchaban, pero el enemigo no subiría a ocuparla, porque la lucha estaba principalmente en los llanos, los pueblos y las ciudades, con mayor encarnizamiento que nunca después del asesinato de Madero. Belisario pensó que las montañas eran los grandes pensamientos de la tierra. En todos los hombres dormían grandes pensamientos como montañas. Y a veces la necesidad los despertaba. Eso se llamaba historia. O tierra. O libertad. O hambre. O futuro. El sabía que sólo era posible hacer historia con la sangre. La montaña hacía su historia con soles, lunas, nubes, lluvias, vientos, nieblas, estrellas, rayos, noches, auroras y el tiempo en sus entrañas. Esas eran las palabras de la montaña. De todo esto había hablado ayer a sus hombres, cuando los reunió para licenciarlos. Habían sido palabras cósmicas, las suyas, es decir, sencillas.

Los recordaba con una ternura sufriente: en cuatro o cinco hileras, delante de él, entre las hogueras y los caballos, atrás éstos, confundándose con la oscuridad de los árboles; inmóviles como grandes vasijas y todos con los ojos fijos en él, excepto Braulio, que había permanecido con la cabeza inclinada y sólo lo miró con sus grandes ojos atónitos y tristes cuando terminó de hablar. Hubiera querido llevárselo con él, tener siempre cerca su fidelidad viva y humilde de discípulo. Pero había llegado Sidora, que era don y partición, y había relegado a segundo término la fraternidad inmediata de Braulio. Este lo había comprendido instintivamente desde el primer momento de la unión de él con Sidora, y hasta tal vez antes, y no había podido menos de mostrar una especie de esquivez dolorida y callada. Acaso había algo más en los sentimientos de Braulio. No lo sabía. En todo caso, ello estaba agazapado en la hondura del muchacho y no se había delatado nunca, ni en el último momento, ayer, cuando había ido a despedirse de él en el mirador. Había sido el último. Antes habían subido Venancio, Alejo, Camilo, Dimas y Macario, para darle el abrazo de despedida. Pero Braulio lo besó. Lo besó su dolor. No pronunciaron una sola palabra en el mirador inundado por la claridad del cielo. O mejor: de la luna, de la gran luna al fondo del llano, próxima a hundirse en el lejano y oscuro horizonte. De pie junto a la ventana estuvieron contemplando, sobrecogidos por su propio silencio, como la luna moría con fuego.

Y cuando del hundimiento de la luna ya no quedó el más leve resplandor, él, Belisario, puso su diestra sobre el hombro de Braulio. Y entonces fue cuando éste lo besó. Y se fue silenciosamente. Le vio todavía bajar la escalera, poco a poco, como si se desmoronara, y luego oyó que llamaba en voz baja a su perro: “¡Vamos, *Golondrino!*”. Al cabo de un rato subió Sidora...

De pronto, Belisario se detuvo para esperar a la mujer. Hundido en sus pensamientos, había avivado el paso sin darse cuenta. A poco apareció Sidora en el recodo del sendero. Sin detener su andar rítmico y pausado, hizo un rápido, vago e indefinible gesto con la mano, que tanto podía ser de alegría, súplica o reprobación, o tal vez todo esto al mismo tiempo. Su robusta figura avanzaba ora clara, ora oscura, según le dieran los rayos de la luna que se filtraban entre las ramas de los árboles o cruzase trechos de sombra. Se encontraba a una distancia de cinco o seis pasos de él, cuando tropezó con una raíz. Belisario corrió para sostenerla, y pudo hacerlo en el momento en que Sidora caía arrodillada. Frente a ella, la ayudó a levantarse cogiéndola por las axilas, y sintió la cabeza de Sidora sobre su hombro, los brazos que le rodeaban los flancos, el peso del cuerpo de la mujer apoyándose en su cuerpo de hombre y el vientre grávido apretado contra el suyo... Sobre sus cabezas, en un árbol cercano, un pájaro empezó a piar.

— ¿Qué traes en la mano, Sidora?

— Un colibrí. Me lo dio Macario.

Continuaron andando en silencio. El le enlazó la cintura con su brazo derecho pasado por debajo del jorongo, como si tratara de sollevare la pesadez de ella que tiraba hacia la tierra. Ahora ella caminaba sonriendo dulcemente. Sin advertirlo, había ido levantando poco a poco el brazo, hasta que la mano quedó a medio aire, como si empuñase una antorcha.

— Pronto lo soltaré — dijo ella —. Cuando salga el sol.

— No es necesario que lo sueltes, Sidora.

— Sí, Belisario, hay que soltarlo.

— Como quieras. Pero si te agrada llevarlo...

— No; lo soltaré en cuanto salga el sol. Voy a necesitar las dos manos

— dijo Sidora, como si hablara consigo misma. Y añadió —: Para agarrarme a la vida. Esas avecitas...

— No hables tanto; estás jadeando de la subida, Sidora. Mejor sería que callaras.

Pero la mujer, como si no hubiese oído las palabras del hombre, prosiguió:

— Nos lo contaba la abuela. Esas avecitas tan requetemenudas y lindas se renuevan, ¿sabes? No debes saberlo porque en tu país no las hay. Cuando llega el invierno con sus fríos y ventoleras, se atarantan y terminan por colgarse de los árboles por el pico, y allí colgadas se les van secando y cayendo las plumas, hasta que el árbol, con la llegada del buen tiempo, vuelve a hojecer, y sucede que entonces esas avecitas vuelven a la vida, les nacen nuevas plumas, y cuando empieza a llover despiertan del todo, es decir, resucitan. La gente cree que la persona que come avecitas de esas nunca tendrá bubas, porque su carne es muy medicinal. Pero hace estéril al que las come. Y ahora me callo. . .

Se detuvieron allí donde terminaba el bosque y empezaba la nieve que se extendía hasta la cumbre. La aurora, de bruces entre las dos montañas, contemplaba con sus ojos de oro la cerrazón de nubes que cubría todo el llano. Sidora miró su mano cerrada, de la que asomaban la cabeza y el pico del colibrí, miró la aurora, miró los cerros nevados, miró el rostro de él y luego se agachó para coger un puñado de nieve. El sol empezaba a asomar su roja cabeza por el flanco izquierdo de la montaña. Como un nacimiento. Sidora sentía el brazo del hombre en su cintura. Levantó la mano, pero todavía no la abrió. Entre sus dedos encerraba, y no lo sabía, como tampoco lo sabía él, la antigua imagen y símbolo: *uitzilin opochtli*, que designaba al guerrero muerto y resucitado que se transforma en colibrí después de cuatro años de vida celeste detrás del sol, a la izquierda del mundo, es decir, en el Sur. Huitzilopochtli, dios de la guerra que, para nacer, ha de matar a las estrellas, la luna y la aurora. El guerrero ha dormido desnudo detrás del sol, a la izquierda de la luz, como una crisálida adherida a un muro, el joven guerrero que nace todas las mañanas del vientre de la vieja diosa de la tierra y es recogido sin vida todas las tardes por las almas de las mujeres muertas de parto. . .

Sidora abrió la mano, cerró los ojos y se frotó con nieve el rostro ardiente.